



## TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO\*

### “El Espíritu del Señor sobre mí para anunciar la Buena Nueva a los pobres”

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

**Lecturas:** Nehemías 8,1-10; 1 Corintios 12,12-30; Lucas 1, 1-4; 4,14-21

Corresponde al Ciclo C del misal. Comienza con los primeros versículos, en los que el evangelista da cuenta de su propósito: después de haberse informado de lo que otros ya habían escrito anteriormente y haber indagado en tradiciones recogidas de las comunidades que él frecuentaba, “he decidido yo también” escribir un relato ordenado según su propia comprensión del acontecimiento de Jesús, “para que conozcas, illustre Teófilo, la solidez de las enseñanzas que has recibido”.

El texto leído da un salto hasta la presentación de la actividad evangelizadora de Jesús. Antes de entrar al contenido de su predicación, Lucas nos ofrece una clave para entender no sólo el sentido de este episodio, sino de toda su vida y de toda su actividad: “Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu”. Él es el hombre habitado y guiado por el Espíritu de Dios. En el relato lucano del anuncio a María, se le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti... por eso el que ha de nacer de ti será santo y se le llamará Hijo de Dios” (1,35). Al recordar la experiencia vivida por Jesús en el bautismo, Lucas, como los otros sinópticos, anota: “bajó sobre él el Espíritu Santo” (3,22). Ahora en Nazaret, al presentarse ante sus paisanos, escogerá un texto del profeta Isaías en el que se siente expresado: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido”. Es el “ungido” (mesías, cristo) de Dios para la misión que se describe en el texto y con la que plenamente se identifica, afirmando: “Esta Escritura que acaban de oír, se ha cumplido hoy”.

El contenido del texto elegido por Jesús constituye todo un programa de su misión, que anticipa, enunciándolo, en esta ocasión y que irá cumpliendo a lo largo de su vida: “anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”. Para entender bien su significado conviene fijarse en los verbos utilizados, en el contenido de lo que se comunica y en los destinatarios a los que se dirige. Los verbos: “anunciar”, “proclamar”, “dar”, designan tanto una comunicación con palabras, como una acción que realiza lo anunciado: “dar”. Más importante resulta aún

---

\* Ciclo A

el contenido: “la Buena Nueva”, “liberación”, “vista”, “libertad”. La “Buena noticia” es más que palabras. Es el acontecimiento de la llegada del Reino de Dios, que implica “liberación”, “vista” (volver a ver la luz), “libertad”, “un año de gracia del Señor”, es decir, todo ello manifiesta la acción del amor gratuito del Señor. Finalmente –y es realmente revelador de la persona y misión de Jesús- es preciso detenerse en los destinatarios: “pobres”, “cautivos”, “ciegos”, “oprimidos”, en una palabra los más desvalidos e insignificantes de la sociedad. El contenido y los destinatarios identifican lo peculiar del proyecto de Jesús. Marcos y Mateo colocan el anuncio de la cercanía del Reino de Dios como el núcleo de la predicación de Jesús (Mc.1.15; Mt.4,17). Lucas prefiere concretarlo en este relato del inicio de su actividad en Nazaret.

“Reino de Dios”, para Jesús, expresa en un lenguaje, que recoge del Primer Testamento, el tema central de su mensaje: Dios “reina” salvando, liberando de la opresión, dando vida, creando justicia y paz para su pueblo. El pueblo acoge y celebra el Reinado de Dios convirtiéndose a su proyecto, dando concreción histórica a la manifestación del amor gratuito de Dios, haciendo posible una humanidad nueva, fraterna y justa, que suprima la opresión y la violencia. La llegada del Reino de Dios, que Jesús anuncia cercana, será en verdad “la Buena Noticia” para pobres, oprimidos y maltratados. Y, siendo así una humanidad reconciliada y en paz, significará un tiempo de “gracia del Señor” para la humanidad entera.

Que Jesús haya explicitado quiénes serán los primeros destinatarios de la Buena Nueva no dejó indiferentes a los oyentes de Nazaret (lo leeremos en el evangelio de la próxima semana). Suscitó admiración en algunos, pero causó escándalo entre muchos otros, desencadenó oposición y rechazo. A unos enviados de Juan Bautista, que se encontraba encarcelado, les confesó: “dichoso el que no se escandalice de mí” (7,23). Su condenación final fue la consecuencia de su osadía para anunciar y poner en práctica esa peculiar manera de entender el reinado de Dios.

Creer en Jesús, seguir a Jesús, implica reconocerse “cristianos”, es decir ungidos y unguidos, como lo fuimos en el bautismo, para seguir y prolongar su misión evangelizadora y liberadora. Acoger y poner en práctica el Reino de Dios reclama una conversión muy profunda, un cambio de enfoque radical en el sentido que damos a la vida, compromete criterios, opciones, prioridades, prácticas coherentes con las que dieron sentido a su vida y a su misión.

El texto de la primera lectura, tomada del libro del profeta Nehemías, nos sitúa a la vuelta del destierro de Babilonia. Se lee “ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón” la Ley de Moisés, como para restablecer el estatuto que ha de regir esta nueva etapa del pueblo elegido. Lo que Jesús realizará en la sinagoga de Nazaret, valiéndose del texto de Isaías, tiene también ese sentido fundacional del nuevo pueblo de Dios. Su contenido no es Ley, sino evangelio, “Buena Noticia” de liberación y de vida plena, con unos destinatarios primeros: pobres y oprimidos. Esa es la novedad del programa de Jesús y de la comunidad reunida en torno a su nombre.

La lectura de la Primera carta de san Pablo a los Corintios comunica algo muy importante: la comunidad cristiana es el “cuerpo de Cristo”. Así sus miembros, “no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo”, todos son igualmente

importantes y necesarios. Incluso, manteniendo el símil del cuerpo humano, “los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables... para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros”. La consecuencia resulta obvia, pero vale la pena explicitarla y recordarla: “si un miembro sufre, todos los demás sufren con él”. Como en el cuerpo humano, los diversos miembros tienen funciones distintas, pero “no formamos más que un solo cuerpo, así también Cristo”. Hay funciones y tareas diversas, pero “para provecho común” (12,7). Todos los miembros del cuerpo son importantes, incluso “los que tenemos por más débiles son indispensables”. La diversidad de ministerios y de carismas enriquece al conjunto. Y si hay algún carisma superior –dirá unas líneas más adelante-, es la caridad, el amor gratuito. Ciertamente esta larga reflexión de Pablo parece indicar que en la comunidad de Corinto existían tensiones y competencias. También en las nuestras. Pero tenemos en la carta criterios sanos para afrontarlas mirando al “provecho común”. Los miembros del cuerpo humano, distintos pero juntos, colaboran al bienestar de la persona, así también ocurre en la comunidad eclesial.

Las palabras de Jesús en la sinagoga definieron con claridad el sentido de su misión y la de los discípulos y comunidades que le van siguiendo. Se trata de acciones cargadas de fuerza liberadora. El criterio es igualmente válido para la comunidad eclesial actual. No se puede pretender ser iglesia de Jesús sin implicarse, como él, en los sufrimientos de los oprimidos y en los reclamos y luchas por un orden nuevo en verdad justo y fraterno. ¿Cómo sonarían hoy las palabras de Jesús en una sociedad en la que campea impunemente la muerte violenta, ante la indiferencia de la mayoría y especialmente el silencio de quienes han sido elegidos para defender y promover la vida buena de todos; como si hubiera personas cuya vida, opiniones y reclamos no existieran, como si hubieran nacido ya muertos? Jesús seguiría alzando su voz y su reivindicación por asesinados y desaparecidos. A las discípulas y a los discípulos de hoy nos toca hacernos eco y traducción práctica de sus palabras y acciones.